



Por Diácono José M. Santos

Santa Alegría II

Para que la alegría sea santa, es necesario en primer lugar que esté de acuerdo con la voluntad de Dios, que tenga presente siempre y en todo momento los mandamientos del Señor. En segundo lugar, una santa alegría es aquella que mantiene en armonía el cuerpo y el alma de la persona, y tercero, que no haga daño a ninguna otra persona, al mismo tiempo que logre la felicidad de toda la familia y la comunidad.

Así dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el numeral 1029 “En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás hombres y a la creación entera. Ya reinan con Cristo; con él “ellos reinarán por los siglos de los siglos”.

La gloria es pura y toda alegría para los que por la misericordia del Padre llegan a entrar en el cielo. El Señor nos ama, y espera que nosotros lo amemos con todo el corazón y a la vez cumplamos sus mandamientos. El Creador desea que amemos a todos los demás seres humanos y cuidemos de toda la creación.

No todo es alegría, ni todo está en armonía, ni todos cumplimos la voluntad de Dios, el pecado es un obstáculo para vivir la santa alegría. El Catecismo nos orienta en el numeral 1030 “Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo”.

El plan de Dios desde el principio, era que el hombre viviera en el paraíso, disfrutando de los frutos de la tierra, viviendo en armonía con toda la creación, la alegría de vivir en la felicidad es un deseo de todos y esa es la voluntad de Dios para ti. Para lograr ser feliz es necesario luchar para estar alegre, al final será la victoria. Esfuérzate en ganar para que viva las bienaventuranzas, los goces celestiales, que tu Señor te dará, es su promesa que el cumplirá.

La Iglesia por medio del Catecismo nos invita a celebrar la alegría del Señor. En el numeral 2185 dice lo siguiente: “Durante el domingo y las otras fiestas de precepto, los fieles se abstendrán de entregarse a trabajos o actividades que impidan el culto debido a Dios, la alegría propia del día del Señor, la práctica de las obras de misericordia, el descanso necesario del espíritu y del cuerpo.

Las necesidades familiares o una gran utilidad social constituyen excusas legítimas respecto al precepto del descanso dominical. Los fieles deben cuidar de que legítimas excusas no introduzcan hábitos perjudiciales a la religión, a la vida de familia y a la salud”.

Cuando llega el domingo, día del Señor, lo celebramos con alegría, cantando desde el inicio hasta el final. El canto litúrgico en la celebración de la Eucaristía, aporta ciertamente un ambiente de regocijo a todos los miembros de la comunidad. Cuando todos nos unimos en el canto litúrgico, la alegría que viene del Espíritu Santo se manifiesta, dando el toque espiritual para vivir la experiencia de salvación.

San Pablo insiste: “Alégrense siempre en el Señor. Repito: ¡Alégrense! Que todos los conozcan a ustedes como personas bondadosas. El Señor está cerca. No se aflijan por nada, sino preséntenselo todo a Dios en oración; pídanle, y denle gracias también. Así Dios les dará su paz, que es más grande de lo que el hombre puede entender; y esta paz cuidará sus corazones y sus pensamientos por medio de Cristo Jesús. Por último, hermanos, piensen en todo lo verdadero, en todo lo que es digno de respeto, en todo lo recto, en todo lo puro, en todo lo agradable, en todo lo que tiene buena fama. Piensen en toda clase de virtudes, en todo lo que merece alabanza. Sigán practicando lo que les enseñé y las instrucciones que les di, lo que me oyeron decir y lo que me vieron hacer: háganlo así y el Dios de paz estará con ustedes.” (Fil 4, 4-9).

Dios es fiel a sus promesas, Él es el primero que desea que todos sus hijos estén alegres, por esta razón encontraremos las fiestas a celebrarse desde el antiguo testamento ya mandadas por el mismo Señor. La Iglesia siguiendo las instrucciones de Jesús celebra cada domingo la Eucaristía.

Los consejos paulinos son prácticos. “Estén siempre contentos. Oren en todo momento. Den gracias a Dios por todo, porque esto es lo que él quiere de ustedes como creyentes en Cristo Jesús. No apaguen el fuego del Espíritu. No desprecien el don de profecía. Sométanlo todo a prueba y retengan lo bueno. (1 Tes 5, 16-21).

Con todas estas recomendaciones bíblicas, no debe haber lugar para la tristeza vana e infundada que muchos por desconocimiento, no muestran la alegría del cristianismo. La salvación nos viene de Jesús, la alegría nos viene del Espíritu Santo que va produciendo sus frutos en cada cristiano de fe auténtica. Vivamos la alegría de la resurrección, el Señor dueño del cielo y de la tierra está con nosotros. Aleluya, gloria a Dios.